



24-26 Ottobre 2025

GIUBILEO delle *Equipe sinodali*
e degli organismi di partecipazione



HOMILÍA

Peregrinación jubilar

Basílica de San Pedro, 25 de octubre 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Vivimos un momento de gracia. Intenso y de una gran belleza. Estamos reunidos en torno a la tumba de San Pedro, en esta peregrinación jubilar, como Iglesia que refuerza su comunión en la fe y en el amor y que, por tanto, se siente llamada a dar razón de su esperanza. El texto de la *Carta del Apóstol San Pablo a los Romanos (Rom 5,1-5)*, que acabamos de escuchar, incide en tres aspectos fundamentales para nuestra vida cristiana:

1. *Hemos sido salvados*. Y esta realidad se concreta en una triple perspectiva:

- todo pecado puede ser perdonado, cancelado, porque la misericordia, el amor de Dios hacia nosotros no tiene límites, basta con aceptar esta oferta de amor y libertad;
- la muerte está vencida y no tiene ya la última palabra, se nos llama a la vida en plenitud y por eso optamos por la vida y su dignidad, siempre, en cualquier circunstancia;
- hemos sido hechos hijos de Dios. Esta es la gran noticia: de la nada, que somos, pasamos al todo, que se nos regala. Por eso, la felicidad plena que anhelamos se presenta no solo posible, sino realizable. De ahí el optimismo cristiano.

2. *El centro es Cristo*. Es a él a quien debemos mirar.

- No hay otro camino, otra salvación, otra plenitud sino en Cristo y desde Cristo. Por eso no basta conocerle por lo que hemos leído o nos han dicho. No es una idea ni una norma, una referencia lejana, sino una persona viva. Nuestro conocimiento debe ser experiencial, vital: experimentamos la realidad de Cristo. Así, todo cristiano, que participa del Resucitado, lo conoce y da testimonio. Como nos dice san Agustín, el cristiano es Cristo (cf. *Tratado sobre el Evangelio de San Juan*, 21, 8). Debemos, por tanto, cambiar nuestros sentimientos, deseos, aspiraciones, nuestra visión del mundo, para asumir e identificarnos con la de Cristo Jesús, con los criterios del Evangelio.
- Pero no hay Cristo sin Iglesia, ni Iglesia sin Cristo. Somos comunión. Esto solo es posible si el eje de nuestra vida cristiana es el amor, que nos identifica. En el amor, que nos une, las diferencias, la variedad eclesial se presentan entonces como riqueza. No más trincheras ideológicas, no más egoísmo, no más soledad individualista y destructiva. Somos Familia de Dios.

3. *El dinamismo de la fe y del amor, nos impulsa a la misión*.

- Estamos insertos en este mundo, vivimos en una sociedad concreta. El Verbo se hace carne, el Evangelio entra en la historia. No se trata de un espiritualismo evanescente. Hay que pisar

la tierra, conocer nuestra época, escuchar sus gritos, preguntas e inquietudes. Acompasar nuestro paso al de nuestros hermanos y hermanas necesitados.

- Dar testimonio de Cristo, ciertamente, puede ocasionarnos dificultades, tribulaciones. Porque debemos salir de nuestras comodidades y seguridades para ponernos en camino; porque chocaremos con los criterios que rigen en gran medida nuestro mundo y que lo envuelven en sombras de muerte e infelicidad; y porque se nos pide dejarnos guiar por el amor verdadero, cuando el egoísmo sigue siendo aún muy fuerte en nosotros.
- La misión implica hacer camino juntos. No basta “decir” a los otros, y tampoco “hacer” para los otros: Es necesario “ser” con los otros, ir a ellos, sentir con ellos. Escuchar juntos la voz de Dios, para discernir y actuar como comunidad cristiana. Este es nuestro reto.

Queridos hermanos y hermanas, el texto de la *Carta a los Romanos* termina hablando de la paciencia, ese padecer que produce esperanza. Si somos capaces de asumir las dificultades y confiar en el Espíritu, que hace su obra, veremos que el proceso sinodal, a pesar de los límites, o la desigual implicación, está dando en la Iglesia evidentes frutos de enorme esperanza. Sigamos adelante, en el nombre y con la ayuda del Señor.

+ Luis Marín de San Martín, O.S.A.

Subsecretario de la Secretaría General del Sínodo